JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

NADIE SABE LO QUE QUIERE
O EL BAILARÍN Y EL TRABAJADOR

HUMORADA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, en la noche del 14 de marzo de 1925.

Copyright, 1925, by Jacinto Benavente.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1925

3

NADIE SABE LO QUE QUIERE

o

EL BAILARÍN Y EL TRABAJADOR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

NADIE SABE LO QUE QUIERE

O EL BAILARÍN Y EL TRABAJADOR

HUMORADA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Cómico, de Madrid, en la noche del 14 de marzo de 1925.

MADRID

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)

Calle del Arenal, núm. 11.

1925

MADRID. — Impr. de la Libr. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

A Pepita Díaz de Artigas

y a Santiago Artigas,

mis buenos amigos, les dedica esta humorada,

Jacinto Benavente.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/nadiesabeloquequ00bena

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Sra. Díaz de Artigas.
DOÑA MAGDALENA	— González.
DOÑA LUCRECIA	— Rodríguez.
LOLA	Srta. Prendes (C.).
CLOTILDE	— Prendes (M.).
EMMA	Sra. Zurita.
CARLOS	Santiago Artigas.
DON FELICIANO	Sr. Trescolí.
DON CARMELO	— Díaz de la Haza (M.).
PEPE	— Díaz (M.).
ALBERTO	— Artigas (J.).
RAÚL	— Alemán (V.).
BONI	— Alemán (A.).
PATRICIO	— Ragel.

CRIADOS, OBREROS, ETC.

Apuntadores:

Joaquín Llácer y Jaime Rosa.

607923

ACTO PRIMERO

En una galería de un Casino de una playa veraniega. Es de noche.

ESCENA I

LOLA, CLOTILDE, EMMA y ALBERTO, agrupados en una de las puertas, figura que ven bailar. (Música dentro.)

EMMA. ¡Ah! ¡Cómo baila! ¡Qué maravilla!

LOLA. ¡Es una preciosidad! ¡Qué distinción!

EMMA. Cuando se ha bailado con él ya no se puede bailar con nadie.

ALBERTO. Gracias. Yo creí siempre que bailaba algo.

EMMA. No se ofenda usted; es otra cosa.

LOLA. ¡Ay!, todo el mundo aplaude. ¡Bravo! ¡Bravo!

CLOTILDE. Yo me estaría viéndole bailar toda la vida.

ALBERTO. Pues ya sabes que no baila más que con Luisita.

LOLA. No se acredita de muy buen gusto.

CLOTILDE. ¿Pero tú crees que eso es serio? ¡Nubes de verano! En cuanto termine la temporada...

ALBERTO. ¿Y si yo os dijera que Carlos está muy enamorado?

LOLA. De los millones del papá y del tío es posible; pero ni el papá ni el tío permitirán que Luisita se case con Carlos, y harán muy bien, porque Carlos no es partido para ninguna muchacha; no tiene posición.

ALBERTO. ¿Vosotras no os casaríais con él?

CLOTILDE. ¡Qué disparate! Es muy simpático, distinguidísimo; pero sin porvenir.

ALBERTO. ¡Quién sabe! Carlos es muy inteligente y puede llegar a lo que se proponga.

LOLA. No creo que se proponga más que hacer una buena boda; pero con Luisita creo que va muy equivocado, porque ella es muy práctica, como toda su familia, menos su hermano Pepe.

EMMA. ¡No sé qué me da oíros hablar así!

LOLA. ¿Tú te casarías con Carlos Montero?

EMMA. ¡Ya lo creo! ¡Un hombre tan distinguido! Cuando se ha hablado con él, ya no se puede hablar con nadie. Es un espíritu exquisito.

LOLA. Pero que no cuenta con nada más que con su distinción y con su figura, y con eso sólo, o con casarse con una cursi como Luisita por su dinero, o con impresionar películas, que aquí no es porvenir todavía.

EMMA. Si él quisiera, con su talento, con una mujer inteligente a su lado...

CLOTILDE. Contigo, por ejemplo.

EMMA. No lo digas en broma. Yo le obligaría a dedicarse a la Literatura. Como vosotras sois tan prácticas, no le habéis oído recitar. *La Princesa está triste,* de Rubén Darío, recitada por él, es algo exquisito. Y en francés y en italiano, Miusette, D'Anuncio... La otra noche, allí en la terraza, frente al mar, oyéndole, fué un éxtasis. Era un aire suave de pausados vuelos.

LOLA. Pues a don Feliciano y a don Carmelo puede irles con poesías, y también a Luisita, que si coquetea con él es por eso, por coquetear, por la vanidad de lucirle como pareja de baile y que la envidien las románticas como tú.

ALBERTO. ¿Y si Luisita no fuera lo que ustedes creen? ¿Que estuviera de verdad enamorada?

CLOTILDE. No la creo tan tonta. Si se casara con Carlos, él se aburriría a los dos días. Es decir, se divertiría

demasiado; pero por su lado buen paso llevaría la fábrica de galletas y harina lacteada del papá y del tío. *(Música dentro.)*

ALBERTO. ¿No queréis bailar?

CLOTILDE. No; yo prefiero ver desde aquí.

ALBERTO. ¿Y usted, Emma?

EMMA. No; yo prefiero admirar.

LOLA. Yo sí; si usted quiere bailaremos.

ALBERTO. Con mucho gusto. *(Salen Alberto y Lola.)*

ESCENA II

CLOTILDE y EMMA.

CLOTILDE. No los veo.

EMMA. ¿A quién?

CLOTILDE. A la pareja sensacional: a Luisita y a Carlos. No, ahora no bailan. Luisita está allí sentada.

EMMA. Y Carlos al otro lado del salón, muy lejos, solo y como triste.

CLOTILDE. Es que han llegado los papás y el tío. Carlos sale hacia la terraza.

EMMA. ¿Quieres que vayamos? ¡Si nos recitara unos versos!

CLOTILDE. No, gracias. Ve tú sola.

EMMA. Sola no me atrevo; las noches de baile hay tanta luz en la terraza...

CLOTILDE. Y la Poesía pide obscuridad.

ESCENA III

DICHAS, PEPE y RAÚL.

PEPE. Sí, yo las conozco de Biarritz. Luego podemos bajar al cabaret. Son unas infelices. Todavía piden por francos.

RAÚL. ¡Chist! ¡Que está aquí mi hermana!

PEPE. ¡Ah! ¡Con Clotilde! ¡Emma! ¡Clotilde! Muy buenas noches.

EMMA. ¡Ay! ¡Nos habéis asustado!

PEPE. ¿No bailáis esta noche?

EMMA. No. ¡Qué horas de venir!

CLOTILDE. ¡Sabe Dios de dónde vendrán!

RAÚL. De aburrirnos, como siempre.

PEPE. ¿Está mi familia?

CLOTILDE. Sí, todos. Tus papás, Luisita, tu tío.

PEPE. ¡Ah! Ya los veo. ¿No baila Luisita?

CLOTILDE. Ya lo ves.

PEPE. ¿No ha bailado esta noche?

CLOTILDE. Sí, toda la noche, hasta ahora mismo.

PEPE. ¿Siempre con Carlos?

EMMA. Si. ¿Te sorprende?

PEPE. Me sorprende porque hoy ha habido en casa escena de familia.

CLOTILDE. ¿A propósito de...?

PEPE. A propósito de mi hermana y de Carlos Montero.

EMMA. ¿Hay oposición por parte de la familia?

PEPE. Hay que mañana nos volvemos a Madrid.

CLOTILDE. ¿De veras? ¡Con el calor que hará allí todavía! ¿Y tú también vuelves a Madrid?

PEPE. ¡Qué remedio! Me debo a la familia, al calor de la familia. ¿Sientes que me vaya?

CLOTILDE. ¡Qué voy a sentir! Eres un tarambana sin pizca de juicio. Si fueras otro podías tener ya una posición.

PEPE. Una posición muy incómoda.

CLOTILDE. Sí, pues sigue como hasta aquí, divirtiéndote sin pensar en nada serio, y verás el porvenir que te espera. En vez de trabajar al lado de tu padre y de tu tío, de pensar en hacerte cargo el día de mañana de sus negocios, en hacer méritos para con tu tío, que si ve que no sirves para nada no te dejará una peseta, y hará perfectamente.

PEPE. ¿Pero vas a pedirle juicio a mis pocos años? ¡Si yo tuviera los tuyos!...

CLOTILDE. ¡Qué gracioso! No hay que tener años para comprender que la vida es algo muy serio en estos tiempos. ¿Por qué no trabajas? ¿Por qué no piensas en tu porvenir? ¡Con un negocio tan hermoso como el que puedes heredar el día de mañana! ¿No ves a tu tío? ¿No ves a tu padre? ¿Cómo empezaron ellos? ¡De la nada! Y hoy, ¡cuántos millones tienen! Todo ganado con su trabajo, con su honradez. ¡Vergüenza debía darte!

PEPE. Pero Clotilde, que yo no te he hablado nunca de casarme contigo para que me hables de esa manera.

CLOTILDE. ¿Casarme yo contigo? ¡Qué más quisieras! Sería señal de que eras otro.

PEPE. Mira, eso de querer que uno sea otro no es nada tranquilizador. Lo mismo dice mi hermana de Carlos: «¡Si fuera otro!»

EMMÁ. ¿Eso dice? Entonces no estará muy enamorada.

PEPE. Sí, le quiere. Dice que no puede querer a otro. Pero quiere que él sea otro.

CLOTILDE. ¿Y tú crees que no tiene razón?

PEPE. Yo creo que Carlos está muy bien así. ¡Su único defecto es tan remediable! ¡Que no tiene dinero! Por eso lo busca; pero en cuanto lo encuentre estoy seguro de que será el hombre perfecto. ¡Cómo yo, señor, cómo yo! ¿Hay nada más amable que la lujosa ociosidad? ¿Hay nada más artístico, más desinteresado? El ocioso no envidia, no pelea, no compite, no estorba a nadie como a él nadie le estorba. El ocioso piensa como quiere, no como le conviene pensar. Cualquier verdad es buena para él, porque de ninguna necesita para su provecho. Estima o desprecia con desinterés absoluto. El ocioso es el espectador ecuánime de la vida, él solo puede ser árbitro imparcial, juez supremo de todo por desapasionado. ¿Qué pueblos, qué sociedades merecieron ser flor de cultura en el mundo, sino los pueblos de

vida fácil, propicios a la vagancia? Sin la ociosidad contempladora, ¿qué sería la vida? Ajetreo incesante que para los mismos trabajadores sería más penoso, porque ¿quién gozaría con el trabajo si supiera que nadie había de pararse a contemplar su trabajo? Yo he observado que ante la admiración del grupo de vagos boquiabiertos frente a una casa en construcción, los obreros ponen más entusiasmo al tirar de la maroma elevadora de una piedra de sillería y más graciosa vivacidad en acarrear ladrillos.

EMMA. ¡Admirable!

CLOTILDE. Sí, ¡admirable! Pero también habrás observado que entre esos vagos que se emboban viendo subir piedras y acarrear ladrillos no suele haberlos con trazas de capitalistas.

PEPE. Es que esa es la entrada general de los vagos; pero desde una buena localidad, por ejemplo, desde el balcón de algún casino o al pasar en un automóvil... Pero aun a esos de la entrada general pregúntales si se cambiarían por los que trabajan. Cuando es uno espectador, hasta la entrada general tiene nombre de paraíso.

EMMA. Todo ello quiere decir que a ti te parece muy bien que tu hermana se case con Carlos.

CLOTILDE. Aunque Carlos sólo busque el dinero al casarse con ella. Pero tu hermana, por fortuna, pensará con más juicio que tú.

PEPE. ¡Allá veremos! ¡Lo sentiría! Tengo a Carlos por un excelente muchacho.

EMMA. Es encantador, un hombre educado, de una distinción espiritual... ¿No valen esas cualidades más que todo el dinero del mundo? Cualquiera puede tener dinero.

ESCENA IV

DICHOS, LOLA y ALBERTO.

ALBERTO. ¡Hola, Pepe! ¡Adiós, Raúl! ¿Dónde habéis andado? ¿Qué habéis hecho?

RAÚL. Ya ves, aburrirnos, como siempre.

PEPE. ¡Hola! ¿Cómo está eso?

ALBERTO. Insoportable, como siempre. Oye, tu hermana me ha dicho que os vais mañana mismo a Madrid.

LOLA. Por lo visto tus padres quieren cortar por lo sano esas relaciones.

CLOTILDE. Muy bien pensado.

EMMA. Si Luisa estuviera enamorada...

LOLA. Por lo menos está muy triste.

ALBERTO. También Carlos. Le conozco bien y me atrevo a asegurar que esta vez no se trata de un capricho. Le veo muy interesado.

CLOTILDE. ¡Ah! ¡Eso es lo que todas creemos!

ALBERTO. No, Clotilde, no. Eres de un escepticismo aterrador a tus años.

CLOTILDE. ¿Quieres convencerme del desinterés de Carlos?

PEPE. Y aunque existiera ese interés... interesado que tú crees, ¿qué mal hay en ello? Se trata de mi hermana; nadie puede creer que no me importa su felicidad, y no juzgo que pudiera ser una desgracia para ella ese matrimonio. Tengo de Carlos el mejor concepto.

CLOTILDE. Sí, ya le miras como hermano. Hay razones de fraternidad.

PEPE. Acaso.

LOLA. ¡Callen ustedes!

EMMA. ¿Qué pasa?

LOLA. Pasa... ¡Callen ustedes!

CLOTILDE. ¡Por Dios!, ¿qué es ello?

LOLA. Luisa y Carlos juntos.

PEPE. ¿Solos?

LOLA. Sí. Pasean por la terraza.

PEPE. ¿Cómo han podido burlar la vigilancia de la tiranía familiar?

LOLA. Luisa habrá dicho que venía a buscarnos.

ALBERTO. No. Estoy mejor enterado. Luisita ha dicho la verdad; ha pedido permiso a sus padres para hablar a solas con Carlos; deseaba tener con él una explicación. Él también ha hablado antes con tus padres y con tu tío. Carlos no se resigna a perder el cariño de Luisita.

CLOTILDE. ¡Qué ha de resignarse!

ALBERTO. ¿Y quién sabe? Carlos es capaz de todo, hasta de cambiar por completo su vida, hasta de trabajar. Así me lo ha dicho esta misma noche.

PEPE. ¿Trabajar? ¿Y qué piensa hacer?

ALBERTO. Quiere que tu padre y tu tío le coloquen en la fábrica en cualquier ocupación, en cualquier empleo.

PEPE. ¡Qué disparate! A mi padre no digo; pero a mi tío... ¡Cualquiera le aguanta! ¡Pobre Carlos!

CLOTILDE. Parece que vienen hacia aquí.

LOLA. En la terraza hará mucho aire.

EMMA. La discreción aconseja que nos retiremos. Tengamos en cuenta que acaso es el último adiós.

ALBERTO. No lo creo. ¿Por qué, si pueden ser tan felices?

PEPE. Mal harían en no defender su felicidad.

EMMA. ¡Vamos, vamos! *(Salen todos.)*

ESCENA V

LUISA y CARLOS.

LUISA. ¿No estaban aquí?

CARLOS. Nos han visto llegar, y han querido dejarnos solos.

LUISA. ¡Si ya nada tenemos que decirnos!

CARLOS. Es verdad. Ahora soy yo solo el que debe mostrarse digno de merecerte, y cuando sea otro, como tú quieres... Otro no, el mismo, porque yo he deseado siempre trabajar, ocuparme en algo. ¡Me pesaba esta vida insubstancial mía de señorito bien! Pero no me habían educado para otra cosa. No es mía toda la culpa. Mi desgracia ha sido vivir de lo más agradable que puede vivirse: de simpatía. Con mi modo de ser era simpático a todo el mundo, y me hallaba tan bien con ser como era, que no pensé nunca que pudiera ser de otro modo. Así me quisiste tú también, tú me lo has dicho, apenas nos vimos, por simpatía, sin saber nada de mí, ni mi nombre, ni mi familia, ni lo que yo era... ¡Me quisiste por mí!, nunca puede decirse con más razón. Saber que le quieren a uno sin saber de uno por uno mismo, sin más información, sin más historia, como si naciera uno a la vida en aquel mismo instante para quien nos quiere y ha de querernos siempre!... Porque al sentir que nos quieren así, por uno mismo, ya siente uno también que está para siempre obligado a ser ese mismo, a no desmerecer nunca de esa admiración que nos presentía dignos de ser queridos.

LUISA. Y yo sé que no me he engañado, aunque era yo sola a creer en ti. Mis padres, los buenos amigos de mi casa, mis amiguitas, no se diga mi tío...

CARLOS. Sí, todos te dirían lo mismo: «Te quiere por tu dinero», y tenían razón para creerlo, sabes que te lo he dicho desde el primer día. Mi primer día no fué como el tuyo, el día que nos conocimos; mi primer día fué muchos días después de conocerte, cuando ya te quería... Porque no dirás que yo te he engañado. Yo te parecí simpático desde que me viste; yo te vi porque sabía que eras un buen partido. ¿Quieres más franqueza? Me presenté a ti por eso; de otro modo quizá

nunca nos hubiéramos visto. ¿Qué quieres? Mi desgracia es que todo el mundo hable de mi simpatía; la tuya, que nadie hable más que de tu dinero.

LUISA. Mi desgracia es mayor.

CARLOS. No lo creas; el dinero no basta a ocultar todas tus bondades; todas mis bondades no lograrán nunca descubrir mi dinero. ¡Pero ya ves qué poco vale el dinero: yo seré siempre más feliz que tú, porque yo estaré siempre seguro de que me has querido por mí, por mí! Tú quizá dudes de mi cariño.

LUISA. Eso no. Tengo el pecado de ser algo vanidosa para no creer que sólo puedan quererme por mi dinero, y mucho menos tú, que eres inteligente y eres bueno.

CARLOS. No es lo mismo.

LUISA. Y tú sabes que la oposición de mi familia no era porque dudaran de ti, ni porque les parecieras mal, de ningún modo. A todos les has sido simpático. Tampoco mis padres deseaban verme casada con un hombre rico. ¡Ellos eran bien pobres cuando se casaron! Pero mi padre, su hermano, tío Carmelo, han sido hombres trabajadores. Eso es lo que quieren para mí: un trabajador como ellos, no un señorito ocioso. A ellos les basta con ver en ti el deseo de trabajar a su lado. Quieren probarte, eso es todo. No les importa que seas capaz de enriquecerte como ellos. Quieren ver que trabajas, que te interesas por algo en la vida. Mi hermano Pepe les ha hecho tener tan mala idea de los señoritos... Intentaron ocuparle en la fábrica, y no fué posible: perturbaba a los trabajadores, los desmoralizaba. Había que oír a mi tío un día que le sorprendió rodeado de toda una sección de operarios que habían dejado de trabajar para oírle cantar la romanza de *Tosca!* Le prohibió volver a poner los pies en la fá-

brica. Supongo que tú no les recitarás poesías como a Emma.

CARLOS. ¿Te lo ha dicho ella?

LUISA. Sí, ella. Y me harás el favor de no creer que estoy celosa, ya que te hago el favor de no creer que pueda gustarte semejante ridícula.

CARLOS. Puedes estar segura, como puedes estar segura también de que yo no seré, como tu hermano, un perturbador del buen orden; que cualquiera que sea mi cargo en la fábrica, cumpliré siempre con mi deber, y tu padre y tu tío no tendrán la menor queja de mí, que tendrán en mí el empleado, el trabajador más asiduo, más fiel, más...

LUISA. Así quiero oírte. ¡Qué feliz soy! Si yo lo sabía, que por mi cariño serías capaz de todo, que no te costaría ningún sacrificio.

CARLOS. Al contrario. Pero si yo era el primer aburrido de mi estúpida vida. Las reuniones de sociedad, en las que ya ni siquiera se conversa; todo es bailar, bailar estos bailes modernos que le convierten a uno en un profesional de la danza. ¿Pero tú creías que esa vida podía satisfacerme? ¡No, no! Bendita la hora en que puedo emanciparme de esa existencia estúpida. Yo te juro que no volveré a bailar en mi vida.

LUISA. Eso no. Sería una lástima. ¡Bailas tan bien!

CARLOS. Ya sólo deseo que tu padre y tu tío me digan lo que he de hacer, en dónde puedo serles más útil. En el escritorio..., yo de cuentas no sé mucho; pero poseo tres idiomas. También puedo servirles como mecánico, por mi afición al auto y a la moto; entiendo algo. Y si no les parece bien nada de eso, empaquetaré galletas, precintaré latas, vestiré la blusa del obrero; no será la primera vez; yo tengo dos monos elegantísimos de mis tiempos de motorista. Tu padre y tu tío quedarán conquistados, puedes estar segura.

LUISA. Papá no es difícil, papá es muy bueno. Tío Car-

melo también; pero es otro carácter, más seco, más autoritario, y de una severidad con sus empleados... Es lo que me da miedo; que no sé si tendrás paciencia para soportarle. ¿La tendrás? Piensa en mí cada vez que estés a punto de impacientarte. ¿Pensarás en mi cada vez que mi tío te diga... las cosas que él dice?

CARLOS. Sí, ya las conozco. Las llamaremos espontaneidades.

LUISA. Sí, eso. Es muy espontáneo. El tío me da mucho miedo.

CARLOS. No tengas cuidado, ya le conozco. Yo sé adaptarme al carácter de todo el mundo. Es posible que llegue a ser mi mejor amigo, que no pueda pasarse sin mí...

LUISA. Mira, aquí vienen todos. Ya les parecería que tardábamos. ¡Qué feliz soy!

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA MAGDALENA, DON FELICIANO y DON CARMELO.

D.ª MAGD. Vamos, hija, me parece que ya habéis tenido tiempo de hablar. Tu tío quiere retirarse.

LUISA. Ya íbamos a buscaros. Teníamos que hablar mucho. ¡Tantas cosas!

D. FELIC. No hay tanto que hablar. Tu tío tiene la palabra.

D. CARM. Yo... Por mí...

CARLOS. Usted dirá, don Carmelo, usted dirá.

LUISA. ¿Qué dices, tito Melo, qué dices tú?

D. CARM. Yo digo... ¿Qué voy a decir? A mí no es que me haya parecido nunca mal este joven, nada de eso, comprenda usted mi idea. Yo sé, porque he tomado mis informes, que no es usted un perdido de esos, ni un sinvergüenza de esos, no señor. Yo sé que usted no juega, que usted no bebe. Y otras cosas... ¡Qué diantre!, eso es natural... Los

jóvenes... Con la buena presencia de usted... Las mujeres que son como son... ¡Lo ve uno por uno, señor! Es a mí, y todavía... Pero bueno, comprenda usted mi idea. Eso no tiene importancia.

LUISA. ¡Tito Melo, por Dios!

D.ª MAGD. ¡Carmelo, por Dios! ¡No asustes a Luisita!

D. CARM. Bien está. Quiero decir que lo único que yo no quiero es que la gente no trabaje. ¡Señoritos holgazanes, no! Ya tengo a mi sobrino que por culpa de sus padres...

D. FELIC. Carmelo, que no hay quien te quite esa idea de la cabeza.

D.ª MAGD. ¿Qué podíamos hacer? ¡Se criaba tan delicadito el pobre!

D. CARM. Os empeñasteis en no darle la harina lacteada de Casa.

D. FELIC. Si ya sabes que cuando Pepe se criaba, la harina de Casa todavía no era de confianza.

D. CARM. Mira, mira, allá tú por haber criado mal a tu hijo; pero no es razón para desacreditar mis productos.

LUISA. ¡Papá, por Dios! ¡Tito Melo! ¡No se peleen ustedes!...

D. CARM. No es pelear; comprende mi idea.

LUISA. Sí, sí. Lo que Carlos quiere saber es desde cuándo puede empezar a trabajar.

D. CARM. En cuanto volvamos a Madrid.

LUISA. ¿Pero ya no nos vamos mañana?

D.ª MAGD. No.

LUISA. ¡Que alegría!

CARLOS. Pero si ustedes quieren yo me voy mañana mismo, y desde pasado mañana...

D. FELIC. No, joven, no. Despídase usted por unos días más del mundo, como si fuera usted a profesar.

CARLOS. Si ustedes supieran que yo soy un trabajador malogrado hasta ahora por falta de... lo que ustedes me ofrecen ahora, un medio en que emplear mi actividad. Yo les aseguro a ustedes que...

D. CARM. Celebro sus buenos propósitos; me congratulo. Allá veremos; yo no me fío de las palabras, y si son de enamorado, menos. No quiere decir que yo no crea en los buenos propósitos de usted, comprenda usted mi idea. Usted verá. Vamos a probarle a usted; viene usted a cala.

CARLOS. Gracias por la comparación.

LUISA. ¡Por Dios, Carlos!

D. CARM. Comprenda usted mi idea.

CARLOS. Porque la he comprendido la agradezco tanto.

ESCENA VII

DICHOS, LOLA, CLOTILDE, EMMA, ALBERTO, PEPE, RAÚL y DOÑA LUCRECIA.

D.ª LUCR. ¿Saben ustedes que hora es?

D.ª MAGD. Sí, Lucrecia; muy tarde. Ya nos retiramos nosotros.

CLOTILDE. No son más que las once, mamá.

D.ª LUCR. Luego no hay quien os haga madrugar para el baño.

CLOTILDE. Déjame bailar con Raúl.

D.ª LUCR. No, hija, no; ya has bailado bastante. Estos amigos quieren también retirarse, y así vamos acompañados, ya que ellos llevan el mismo camino.

LUISA. Déjela usted, bailaremos todos. Tenemos que celebrar algo.

LOLA. Sí, ya sabemos. La familia consiente.

LUISA. Sí, soy muy feliz.

PEPE. *(A Carlos.)* Ya sé que has domesticado a tío Carmelo.

ALBERTO. ¿Y desde cuándo empiezas a trabajar?

CARLOS. Ya veo que no lo tomas en serio.

ALBERTO. Sí, ¿por qué no?

CARLOS. Yo os aseguro que he de sorprenderos.

LUISA. Vamos, Carlos, vamos.

CARLOS. ¿Quieres bailar?

LUISA. Sí.

CARLOS. Si ustedes permiten...

D. FELIC. Sí, hombre, sí. Como si fuera usted a profesar; pronto será otra vida. *(Salen Luisa y Carlos.)*

D. CARM. ¡Allá veremos! Yo no me fío. Éste a los quince días se cansa de trabajar; pero a mí no me engaña. ¡Señoritos vagos, no! Con sus manos lavadas llevarse lo que ha costado tanto... ¡No, eso no!

D. FELIC. Pues yo creo que no es un mal muchacho.

D. CARM. Yo no digo que sea malo. Se puede ser bueno y buscar una mujer por los cuartos; comprende mi idea. Pero conmigo no; a mí no me engaña. ¡Yo le pondré a prueba! ¡Conmigo no!

EMMA. ¡Ah! ¡Cómo baila! ¡Qué preciosidad!

CLOTILDE. ¡Qué distinción! ¡Qué maravilla!

EMMA. ¡No se puede bailar mejor!

D.ª LUCR. Ya puede decir su hija de usted que se lleva un hombre distinguido y simpático.

D.ª MAGD. Pero que les gusta a todas demasiado. ¡Dios quiera que mi hija no tenga disgustos!

EMMA. }
D.ª LUCR. } ¿Pero no ves?... ¿Pero no ves?...

D. FELIC. ¡Vamos a ver, vamos a ver!

D. CARM. Sí, muy bien baila, muy bien baila; pero conmigo no, conmigo no.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salita en casa de don Feliciano.

ESCENA I

LUISA, arreglando unas flores. Entra EMMA.

EMMA. Soy la primera en felicitarte. ¿Verdad?

LUISA. ¡Emma!

EMMA. ¡Felicidades, muchas felicidades! Y que al año que viene pueda felicitarte ya casada, si ha de ser para tu felicidad. Acepta este insignificante recuerdo. Insignificante por su valor material.

LUISA. ¡Mil gracias!

EMMA. Tú eres de las pocas mujeres a quienes se les puede regalar libros en España. Son poesías de Rubén y Paul Fort, mis favoritos.

LUISA. Tú siempre tan espiritual.

EMMA. Sí, querida; así estoy siempre a dos dedos del ridículo; pero no me importa.

LUISA. No. En ridículo, ¿por qué?

EMMA. Bueno, cuéntame cosas. He madrugado para eso justamente, para que podamos hablar a solas, para que me digas cómo van tus amores, cómo soporta tu enamorado las terribles pruebas a que le tendrá sometido tu tío don Carmelo.

LUISA. Muy bien. Mi tío está encantado con él. Dice que

no tiene empleado más trabajador a sus órdenes.

EMMA. ¡Vea usted! Nadie podía creerlo. Ya puedes asegurar que te quiere.

LUISA. Eso sí, todo por mí, ya lo sé. Soy muy dichosa. Con decirte que se me pasan los días sin verle. Nuestro amor es puramente dominguero. Como madruga tanto, se acuesta muy temprano, y si viene algunas noches a casa, me da tanta lástima verle caerse de sueño...

EMMA. Yo no he vuelto a verle desde que vino del veraneo. Antes le veía en los estrenos, en los tes del Ritz, en el Real Cinema...

LUISA. No, si no va a ninguna parte. Los domingos por la tarde nada más vamos a algún teatro.

EMMA. ¿Pero de amor...?

LUISA. Cada día nos queremos más.

EMMA. ¿Pero él está contento con un cambio tan radical en su vida?

LUISA. Contentísimo. Se ha aficionado al trabajo de una manera...

EMMA. ¡Vea usted! La vida es una continua sorpresa.

LUISA. Mi padre y mi tío están muy satisfechos. Mi padre piensa cederle su parte en la fábrica en cuanto nos casemos.

EMMA. ¿Y tu tío?

LUISA. Mi tío no; porque mi tío no puede vivir sin ocuparse de la fábrica; pero dice que ya puede morirse tranquilo, que está seguro de que el negocio quedará en buenas manos. Era su pesadilla. Pensar que entre mi hermano y mi marido, si yo no me casaba con un hombre activo y trabajador, la fábrica podía arruinarse o ir a parar a personas extrañas. La fábrica, que es su orgullo.

EMMA. Y un negocio magnífico. Las galletas, la verdad, son muy buenas; tan buenas como las inglesas.

LUISA. Y la harina lacteada tiene mucho nombre, y las pastas para sopa.

EMMA. Hija, te veo convertida en un industrial a lo

norteamericano. Casi me arrepiento de haberte regalado esas poesías.

LUISA. Nada de eso. No me creas tan positivista como Lolita y Clotilde.

EMMA. Eso ya es desagradable. A mí te aseguro que me asquea oírlas. Si la juventud no es un poco romántica... Eso de no ver en los hombres más que una posición, y que para ellas no hay ninguna bastante segura; necesitan la garantía del presente y del porvenir, que tengan mucho dinero, que no puedan perderlo nunca y que sean capaces de aumentarlo. Con tanta previsión se quedarán tan solteronas como yo; pero yo siquiera no será por lo que haya mirado el dinero; todo lo contrario: por lo que lo miran los hombres.

ESCENA II

DICHAS y DOÑA MAGDALENA.

D.ª MAGD. ¿Cómo estás, Emma?

EMMA. Doña Magdalena, ¿cómo va?

D.ª MAGD. Ya veo que no has olvidado la fecha.

EMMA. A la edad de Luisita no es indiscreto acordarse de su cumpleaños. ¿Son?...

LUISA. Guardo el secreto; hay que prevenirse con tiempo. Además las mujeres debemos contar con las amigas para fijar los años. Hay que dejarlas margen para quitar y poner a su conveniencia.

EMMA. Tienes razón. Entonces, como yo sé que tengo cinco años más que tú, diremos que cumples diez y nueve. ¿Te parece bien? No quieras dejarme mal.

LUISA. A tu gusto.

D.ª MAGD. ¡Por Dios, diez y nueve! Algunos más.

EMMA. ¡Por Dios, doña Magdalena! No es por ella, es por mí.

D.ª MAGD. ¡Qué graciosa! Tú siempre serás joven con tu carácter.

EMMA. ¿Creerá usted que no tengo mis tristezas? Tan sola en el mundo; con mi hermano, que, como todos los hombres, es un egoísta. Ni está nunca en casa ni hay modo de que me acompañe a ninguna parte.

D.ª MAGD. A ti te convendría que se casara tu hermano. Con su mujer estarías más acompañada.

EMMA. Pues ahí tiene usted. Él dice que no se casa por no dejarme sola. No crea usted, a la que le conviene casarse es a mí; pero no veo el modo.

D.ª MAGD. ¡Qué graciosa! Porque no habrás querido.

EMMA. ¡Ay, no, doña Magdalena!, que yo estoy queriendo hace mucho tiempo; pero si, como suele decirse, cuando uno no quiere dos no riñen, cuando uno solo quiere, por mucho que quiera, dos no se casan.

ESCENA III

DICHAS, PEPE y ALBERTO.

PEPE. Luisita, Alberto quiere felicitarte.

ALBERTO. Luisita, hoy y siempre muchas felicidades.

LUISA. Y muchas gracias por sus flores. A ti también, Pepe, muchas gracias por tu regalito.

EMMA. ¿Sí? ¿Qué ha sido?

PEPE. ¿Pero qué iba yo a regalarte? No estoy en fondos.

D.ª MAGD. Para regalar a tu hermana. Eres un descastado.

ALBERTO. Has quedado muy mal con tu hermana. Hay que repararlo. Ahora mismo vas a comprar... ¿Qué desea usted?

PEPE. ¡Calla!

LUISA. No quiero nada. Ya no tendría gracia.

D.ª MAGD. Contento tienes a tu padre con la cuentecita de ayer.

PEPE. ¿La del sastre?

D.ª MAGD. ¡Ah! ¿Hay otra del sastre? Esta es del camisero.

PEPE. Pues voy a decir que manden la otra en seguida para no oír más que un sermón.

D.ª MAGD. ¡Ay, hijo! ¡Cuándo querrá Dios que tengas juicio! Para ti no hay buenos ejemplos que valgan.

PEPE. *(Aparte a Alberto.)* ¡El ejemplo de Carlos! Nos ha caído buena con el ejemplito. ¿Qué dices, Alberto?

ALBERTO. Que tu madre tiene razón; somos unos miserables. Yo te aseguro que este año es el último de esta vida.

PEPE. Estamos en enero.

ALBERTO. Pero tú tienes menos disculpa que yo, porque yo... ¿Qué puedo yo hacer? ¿En dónde encuentro yo una ocupación? Pero tú, con tu padre, con tu tío, con un negocio como el suyo, en plena actividad.

PEPE. Mira, canalla, como sigas desacreditándome con la familia, no ves las doscientas pesetas de las cuatrocientas que va a darnos esta tarde el ángel tutelar de los hijos de buena familia.

D.ª MAGD. ¿Por qué no imitan ustedes a Carlos? Mi esposo y mi cuñado no salen de su asombro. Él está en todo, atiende a todo: la correspondencia, los pedidos, las máquinas... El primero en llegar a la fábrica y el último en dejarla. Hoy tenía permiso para pasar el día con nosotros, pues no ha consentido faltar a su obligación.

EMMA. ¿De veras? ¿Aún no te ha felicitado?

LUISA. Esta mañana, por teléfono, desde la fábrica.

D.ª MAGD. Para que mi cuñado Carmelo, que no se fía ni de la camisa que lleva puesta, haya llegado a tener confianza en él...

EMMA. Sí, es admirable. Todo por el cariño de Luisita. Ya puedes estar orgullosa.

PEPE. *(A Alberto.)* Te digo que con el ejemplito de Carlos no se puede vivir en esta casa.

ALBERTO. Y tienen mucha razón. Debía darnos vergüenza. Yo, al despertarme cada día, me desprecio profundamente.

PEPE. Yo también; por eso me levanto muy tarde, para despreciarme el menos tiempo posible. Bueno, vamos a la calle. Este aire de moralidad casera me ahoga. Emma, a sus pies.

D.ª MAGD. ¿No esperas a tu padre? Haces bien. Hasta eso; hemos de ser nosotras las que tengamos que oírle.

PEPE. Luego me lo contáis y es lo mismo.

D.ª MAGD. ¡Calla, calla!

ALBERTO. Luisita, yo haré que Pepe le compre a usted un regalito. No faltaría más.

LUISA. No, deje usted. No sería a él a quien tendría que agradecérselo.

PEPE. Vamos, hombre, vamos. *(Salen Pepe y Alberto.)*

ESCENA IV

DICHAS, menos PEPE y ALBERTO.

D.ª MAGD. ¡Qué muchacho! Por supuesto, aunque le he dicho que su padre ha visto esa cuenta, no la ha visto, como no ve la mayor parte, que las pago yo del dinero de casa. Luego tengo que sisar de un lado y de otro, como cualquier cocinera.

EMMA. ¡Qué han de hacer las madres!

D.ª MAGD. También Luisita, la pobre, se sacrifica muchas veces de sus ahorrillos.

EMMA. ¡Qué han de hacer las hermanas!

D.ª MAGD. ¡Qué nos toca hacer a las mujeres! Por supuesto, yo no creo, como su tío, que este hijo mío no sea capaz de enmienda. Es la edad y el haberse criado con tanto mimo. El varoncito de la casa. Luego él tiene una gracia para hacerse perdonar todo...

EMMA. Es simpatiquísimo. Todo depende de la mujer

que le caiga en suerte y de que llegue a enamorarse de veras. Ahí tiene usted a Carlos. ¿Quién podría creer que iba a sujetarse a trabajar como se ha sujetado? ¿En qué piensas, Luisita?

LUISA. Pienso que me está dando tentación de llamarle por teléfono; pero si está ocupado, me riñe: me dice que no tengo formalidad. No, no me atrevo.

EMMA. ¿Pero es que no vendrá hoy a felicitarte?

LUISA. ¡Sí! ¡No faltaría más! Cuando salga de la fábrica. Hoy come con nosotros, en familia. Si tú quieres acompañarnos...

EMMA. No, muchas gracias. Aunque soy de confianza, en estas expansiones de familia cualquiera estorba.

ESCENA V

DICHAS y DON CARMELO.

D. CARM. Felices...

LUISA. ¡Tito Melo!...

D. CARM. ¡Señorita!...

EMMA. Tanto gusto...

D. CARM. ¿Cómo se pasa el día? ¿Aún no han venido tus amiguitas?

LUISA. Emma ha sido la primera.

D. CARM. Sí, ya veo. Yo decía las muchachas.

LUISA. *(A don Carmelo.)* ¡Tío, por Dios! *(A Emma.)* No hagas caso.

D. CARM. Pues yo, ya sabes mi regalito, el de todos los años. Tu accioncita del Banco. Ya son catorce, desde que se puede. Aquí está el resguardito. No creas, no cobrando la renta, al cabo de unos años puede ser un capitalito.

LUISA. Muchísimas gracias, tío.

D. CARM. Y voy a darte una buena noticia.

LUISA. ¿Sí? ¿De Carlos?

D. CARM. ¡Cómo se conoce que para ti no hay buenas noticias si no vienen de esa parte! Pues sí, señor, de Carlos. Creo que tenemos hombre. No es que me fíe del todo; pero la verdad, veo cosas... Sí, señor. Hoy me ha sorprendido con un contrato que ha hecho con una fábrica belga que nos envía la hoja de lata en planchas cortadas para ajustar aquí las cajas, en unas condiciones que supone una economía de un cuarenta por ciento. ¿Qué te parece?

LUISA. Muy bien. Supongo que te habrás apresurado a subirle el sueldo, que no puede ser más modesto.

D. CARM. ¡Eso es! ¡A lo que estamos! ¡Subiditas de sueldo! Es muy prematuro. Cuando os caséis será mi regalo de boda. Por ahora tiene un sueldo... de prueba; no hay que olvidar que le tenemos a prueba... No queráis ir demasiado de prisa. Si todo ha de ser vuestro, si por desgracia uno no puede ser eterno. Y menos mal que ya creo que podré morirme con relativa tranquilidad en lo que cabe. Sí, yo creo que tenemos hombre. La verdad, yo no lo hubiera creído... Porque supongo que no estará representando una comedia para en cuanto se case volver a las andadas... ¡Ah! ¡Eso no!

LUISA. Pero tío, no pienses semejante cosa. Carlos no es capaz de representar una farsa.

D. CARM. Hay que ponerse en todo. Todos somos muy buenos mientras no dejamos de serlo. Yo empiezo a confiar; ya es bastante. ¡Ah! También nos ha resultado un mecánico muy habilidoso. Si te digo que de todo entiende. Hasta... No, esto no te lo digo, es una sorpresa, el regalito que te prepara.

LUISA. ¿Sí?

D. CARM. ¡Verás, verás! ¡Cosa rica! Y que está teniendo mucha aceptación. Hoy justamente nos han pedido doscientas cajas.

LUISA. ¿Doscientas cajas? ¿Pero de qué se trata?

D. CARM. Tú no te des por sentida, porque él quería darte

la sorpresa. Se trata de una galleta especial que él ha inventado; cosa rica.

LUISA. ¿Que Carlos ha inventado una galleta?

D. CARM. Sí, mujer. Con baño de mermelada: a la ciruela, al plátano, al melocotón... ¡Cosa rica! Dondequiera que se ha mandado el muestrario han picado. ¡Ya verás, ya verás!... Parece que no te ha hecho gracia.

LUISA. ¿A mí? ¿Por qué? ¿Qué tiene de particular me sorprenda que a Carlos se le haya ocurrido inventar galletas?

D. CARM. Pues sí, él lo ha dirigido todo. Tenemos ya una sección especial. ¡Si supieras! Él las ha puesto el nombre también: galleta «Celestial»; pero en la caja sólo va una *C.* y una *L...* ¿Comprendes la idea? *C. L.* ¡Carlos, Luisa! ¿Eh? ¡Qué fineza! Galleta *C. L.* «Celestial», Carlos y Luisa.

LUISA. *(A Emma, que no puede contener la risa.)* Te hace gracia, ¿verdad?

EMMA. Muchísima gracia.

D. CARM. ¿No han traído nada para mí?

D.ª MAGD. ¿Para ti...?

D. CARM. De casa del sastre.

D.ª MAGD. ¡Ah! Sí. Pero yo creí que sería para Pepito. Han traído un frac. ¿Es para ti?

D. CARM. Sí, señor. Yo también guardaba esa sorpresa. Esta noche me siento a la mesa de frac.

LUISA. ¡Tío, por Dios!

D. CARM. ¿Crees tú que voy a desmerecer al lado de tu novio, que vendrá, como siempre, hecho un figurín?

LUISA. Pero, tío, ¡para comer en familia!...

D. CARM. Mira, yo soy así. Ya que él no haya tenido inconveniente en ponerse la blusa del trabajo por nosotros, yo quiero corresponder elegantizándome lo que pueda. Así debe ir el mundo. ¿Comprendes mi idea? El señorito, trabajador, y el trabajador, señorito. Educación y cultura

por ambas partes. Te advierto que el frac es de un buen sastre; yo sé hacer las cosas. Tenía que hacérmelo para la fiesta que preparamos dentro de poco en la fábrica: la bendición de las máquinas nuevas.

LUISA. ¿Qué dices, tío? Si esa fiesta será por la tarde, y de día no se lleva el frac.

D. CARM. No me digas: en una fiesta de tanta etiqueta como será ésta... Con dos obispos, y el alcalde, y los fotógrafos de todos los periódicos de Madrid. Y si no es de frac, ¿dónde me ponen la medalla que les he costeado yo a los empleados de la fábrica para que me la regalen en ese acto tan solemne? Di que hoy no sé qué te sucede... Como si tuvieras algún disgusto. ¿Qué le ha pasado?

D.ª MAGD. Que yo sepa... Que estará impaciente porque aún no ha visto a Carlos.

D. CARM. Ya sabes que tenía permiso para todo el día. De todos modos, no ha de tardar en venir... ¿Es eso lo que te tiene disgustadilla?

LUISA. No, no es eso. No es nada. Emma, ¿me acompañas a disponer el te para cuando vengan las amigas, si eres tan amable?

EMMA. Con mucho gusto.

LUISA. Llevaremos estas flores.

D. CARM. ¿De veras no estás de mal humor? En un día como éste y cuando me ves tan satisfecho. ¿Pues por quién hago yo todo lo que hago? Por asegurar tu porvenir, tu felicidad.

D.ª MAGD. Ya lo sabe ella.

LUISA. Sí, tío; si ya sabes que te quiero mucho.

D. CARM. Así me gusta.

EMMA. Tu tío es muy bueno.

LUISA. Eso sí; pero con él se está siempre con el alma en un hilo. *(Salen Emma y Luisa.)*

ESCENA VI

DOÑA MAGDALENA y DON CARMELO.

D. CARM. ¿De veras no está disgustada?

D.ª MAGD. No creo. Es que está temblando siempre que Carlos y tú no congeniéis.

D. CARM. Pues está muy equivocada, mientras yo vea en él lo que estoy viendo: un hombre activo, cumplidor. Así hubiera sido como él mi sobrino, tu Pepe. Lo que Luisa teme es que yo, por estas brusquedades mías, pueda asustar a su señorito. Pues no hay tal cosa. Primero, porque estoy seguro de que él me estima. Sí, estoy seguro, lo veo. No es que me fíe del todo, pero lo veo. A más que, lo que son las cosas, yo también comprendo que no debo ser como soy, y ya estáis viendo que me voy modernizando. Te aseguro que ya nadie me oye dar voces; todo lo mando por teléfono, y llamo de usted a todo el mundo, y por el apellido. Se acabaron los motes; y a todo el mundo le he prohibido terminantemente llamar a nadie por el mote: no estaba bien.

D.ª MAGD. Claro que no.

D. CARM. Parecía que estábamos en un presidio: «el Pringao», «el Churro», «el Dientes»... Eso se acabó.

D.ª MAGD. Muy bien hecho.

D. CARM. Sí, señor. Y voy a poner lavabos, y voy a hacer que el botiquín tenga de todo, que hasta ahora no tenía más que los frascos... Me parece que empiezan las visitas.

D.ª MAGD. Lucrecia con las chicas, Clotilde y Lola.

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA LUCRECIA, CLOTILDE y LOLA.

D.ª LUCR. ¡Magdalena!...

D.ª MAGD. ¡Lucrecia! ¿Cómo va? ¿Y vosotras?

D.ª LUCR. ¡Don Carmelo!...

D. CARM. ¡Señora! ¿Y estas preciosidades?, ¿siempre tan ricas?

CLOTILDE. ¿Y Luisita?

D.ª MAGD. Por allá dentro, con Emma. Quieres que las llame.

LOLA. No, deje usted. Vamos nosotras.

D.ª MAGD. No vayáis todavía. Están arreglando la mesa para que toméis una taza de te, y vais a sorprenderlas antes de tiempo.

D.ª LUCR. ¿Qué cuenta usted, don Carmelo, qué cuenta usted? Ya sabemos que está usted muy satisfecho con Carlos.

D. CARM. Pues sí, señora, sí.

D.ª LUCK. ¡Qué suerte la de Luisita!

D. CARM. Es una suerte para todos. Y estas monerías, ¿en qué piensan?

D.ª LUCR. Mis hijas, por fortuna, piensan con mucho juicio; no es preciso que yo las aconseje. Nunca las ha gustado perder el tiempo; son muy prácticas; saben muy bien que no están los tiempos para casarse con el primero que se presente; están muy preparadas para defenderse en la vida sin necesidad de casarse. Las dos dominan la Taquigrafía y la Mecanografía. Lolita cursa el tercer año de Farmacia; saben de Contabilidad, Teneduría de libros... En fin, pueden defenderse en la vida.

D. CARM. Muy bien pensado.

D.ª LUCR. Aunque por ahora, gracias a Dios, mientras conservemos lo que nos dejó su pobre padre, no

necesitemos de nada, en estos tiempos no hay nada seguro, y hay que tenerlo todo previsto.

D. Carm. Sí, señora, sí.

ESCENA VIII

Dichos, LUISA y EMMA.

Luisa. ¡Clotilde! ¡Lola!...

Lola. ¿Cómo estás, Luisita? ¡Felicidades!

Clotilde. ¡Muchas felicidades!

Lola. ¡Y que muy pronto sea mayor la felicidad!

Clotilde. Pero muy pronto, ya que todo va muy bien.

D.ª Lucr. ¿Dónde habéis puesto el regalito?

Lola. Aquí. Mira, no sabíamos qué regalarte.

Luisa. ¡Por Dios!

Clotilde. Y hemos pensado que lo mejor era algo práctico: una docena de pares de medias.

D. Carm. Muy bien pensado.

Luisa. ¡Y son preciosas!

D.ª Lucr. De muy buena clase, eso sí; con el talón reforzado.

Clotilde. Porque, hija, esos regalos que no sirven para nada: las flores, por ejemplo; es una compasión; cuestan un dineral y para tirarlas.

Lola. Y los bombones cuestan otro dineral.

D. Carm. Y para comérselos.

D.ª Lucr. Y si un regalo no sirve para ahorrar dinero a quien se le regala...

D. Carm. Yo pienso lo mismo. A mi sobrina, ya lo sabe, todos los años una accioncita del Banco.

Lola. Esos son regalos.

Emma. ¿Ves como estoy en ridículo con mis poesías?

Luisa. No hagas caso.

ESCENA IX

DICHOS, DON FELICIANO y CARLOS, que viste de americana, botas de campo, muy descuidado, sin cuello, con una chalina blanca cruzada.

D. FELIC. Mira a quién traigo conmigo...

LUISA. ¡Carlos!...

CARLOS. ¡Luisita!...

D.ª LUCR. ¿Cómo va?

CLOTILDE. ¿Qué es de su vida?

LOLA. ¿Hasta ahora no había usted visto hoy a Luisita?

CARLOS. No; hasta ahora. Perdonen ustedes; perdona Luisita: vengo como estaba en la fábrica, por no tardar.

LUISA. Sí, ya veo.

D. FELIC. Hecho un trabajador.

LOLA. *(A Clotilde.)* ¿Has visto? Parece otro.

CLOTILDE. Al darme la mano me ha raspado; yo creo que tiene callos.

LOLA. No creo.

D. FELIC. Pues aún no quería venir.

LUISA. ¿De veras?

CARLOS. He dejado sin disponer una porción de encargos urgentes. ¡Ah! Don Carmelo, estas cartas que se le olvidó a usted decirme lo que había que contestar. Aquí mismo podemos despacharlas. ¿Nos permite usted que vayamos a su despacho, don Feliciano?

D. FELIC. ¡Pero hombre!... Deja, deja... No has ofrecido aún tu regalito.

D. CARM. ¡Hombre, sí! Ya sabe Luisita...

LUISA. Sí, ya sé.

CARLOS. Aquí está. Nada vale; pero representa mucho: representa mi otra vida, esta vida que será ya siempre mi vida, la de un trabajador.

D. FELIC. ¿Qué dicen ustedes?

D.ª LUCR. ¡Es admirable! ¿Quién podía pensarlo? ¡Qué suerte para ustedes!

D. CARM. ¿Qué te dije? ¡Galletas «C. L.»! Vean ustedes. ¿No pruebas una?

LUISA. Sí, sí. Tomen ustedes. *(Ofreciendo a todos.)*

D. CARM. Las ha inventado Carlos. Galletas «Celestial», con baño de mermelada. Las de plátano son cosa rica.

D.ª LUCR. En efecto; muy finas.

CLOTILDE. Muy buenas, sí. Dame otra.

LOLA. Le felicitamos a usted.

EMMA. Sí, son muy buenas.

D.ª LUCR. ¿A cómo las ponen ustedes?

D. CARM. Para usted a precio de fábrica. Cuando usted las desee no tiene nada más que hacernos el pedido. Tienen mucha aceptación *(Viendo que todos las comen.)* Mucha aceptación. Has debido traerte más de una caja.

CARLOS. No sé por qué me parece que Luisita está hoy disgustada.

D. CARM. ¿A tí también te parece?

CARLOS. ¿Es qué usted lo ha advertido también?

D. CARM. Si, me ha parecido. Lo que no sé es por qué puede estar disgustada. ¿Tú sabes?

CARLOS. Yo no. Luisita, ¿qué te sucede? ¿Es por qué no he venido antes? Había mucho que hacer: era día de expediciones a provincias, de cuentas, hemos desarmado una máquina.

LUISA. Sí, sí, todo me parece muy bien. Así te quiero, muy trabajador.

CARLOS. ¡Ah! ¡Perdona! *(Separándose de ella.)* Don Carmelo, han llegado los catálogos de las máquinas de Lucerna. Creo que son las más ventajosas por el precio, por las condiciones de pago, por las garantías...

D. CARM. Eso me dice todo el mundo, que como maquinaria suiza no hay otra.

CARLOS. Vea usted. Tenemos de este modelo.

D. CARM. Siéntate, siéntate.

CARLOS. Mejor estamos en el despacho.

D. CARM. Eso sí.

CARLOS. Con permiso de ustedes. Don Carmelo y yo tenemos que despachar asuntos urgentes. Hasta ahora, Luisita. ¿Me perdonas? Vuelvo en seguida, en seguida.

LUISA. Cuando termines, cuando quieras. *(Salen don Carmelo y Carlos.)*

ESCENA X

DICHOS, menos DON CARMELO y CARLOS.

CLOTILDE. Ya puedes estar contenta.

LOLA. Éste ya no es aquel bailarín distinguido.

EMMA. No creo que pueda haber perdido su distinción. Sería lamentable.

CLOTILDE. ¿Por qué?

EMMA. Por lo pronto, Luisita no puede contar con él como antes.

LUISA. Eso sí.

LOLA. Pero lo da todo por bien empleado. ¿Verdad?

LUISA. Eso sí.

CLOTILDE. Sabe que es por ella.

LUISA. Eso sí.

LOLA. Porque ella lo ha querido.

LUISA. Sí, por mí.

ESCENA XI

DICHOS, RAÚL, PEPE y ALBERTO.

RAÚL. ¡Señoras!... ¡Luisa!...

CLOTILDE. ¡Hola, hola! ¿En dónde os habéis reunido?

PEPE. En el portal. Llegamos al mismo tiempo.

RAÚL. ¿Recibió usted unos bombones de mi parte, Luisita?

LUISA. ¡Ah! Perdone usted. Muchísimas gracias.

EMMA. Mi hermano es tan poco práctico como yo. Es de familia.

PEPE. ¿Qué novedad de galletas son estas? Estas no son de Casa.

D. FELIC. Pues sí, señor. Una invención de Carlos.

PEPE. ¿De Carlos? ¡Qué gracia tiene! ¿Oís esto? Y no son malas; probadlas.

ALBERTO. Riquísimas.

RAÚL. Muy buenas.

PEPE. ¿Y decís qué ha sido Carlos? ¡Qué gracioso!

LUISA. No veo la gracia. No sé porque has de burlarte.

PEPE. Perdona; no es para que te ofendas, cuando soy yo el primero en celebrarlo, como pueden celebrarse unas galletas. Ya sabes que yo no suelo ser un propagandista de las de Casa. Las recomendaremos. ¡Buenas galletas! ¿Cómo se llaman?

LUISA. ¿No quieres callarte? Papá, dile a Pepe que no me fastidie.

PEPE. ¡Pero Luisita!...

D.ª MAGD. ¡Vamos, hija!...

D. FELIC. ¡Pero señor!...

LOLA. ¡Luisita!...

EMMA. ¿Pero qué ha sido?

D.ª LUCR. ¡Qué niñería!.

D.ª MAGD. Hoy está muy nerviosa.

PEPE. Pero ¿que le he dicho, vamos a ver?, ¿qué le he dicho yo?

ALBERTO. No hagas caso.

PEPE. Si no se puede gastar una broma...

D. FELIC. Deja a tu hermana.

D.ª MAGD. Vamos, hija, por Dios. Tampoco hay motivos para que llores así.

EMMA. Anda, vamos.

D.ª MAGD. Sí, sí. Vamos a la sala y que toquen el piano, y bailen ustedes, y luego tomarán una taza de te y unos dulces. Vamos. (*Salen todos menos doña Magdalena. Entran Carlos y don Carmelo.*) Va-

mos, Carlos. Están en la sala. Ven a bailar con Luisita.

CARLOS. Sí, ahora voy; pero no a bailar: me aburre, es ridículo.

D.ª MAGD. Pues es lástima; pero ven que apenas has hablado con Luisita, y eso tampoco está bien.

CARLOS. Sí, voy, voy en seguida. *(Sale doña Magdalena.)*

ESCENA XII

CARLOS y DON CARMELO.

D. CARM. Anda, ve. Ya tendremos tiempo de ultimar.

CARLOS. No, deje usted. No pierda usted esa nota; es precio sobre puerto. En cuanto a las latas, he conseguido mayor beneficio.

D. CARM. ¿Todavía más?

CARLOS. Ahí tiene usted. En cuanto se enteraron de las otras proposiciones... Tendremos un beneficio de un cincuenta por ciento, que un año con otro supone unas doscientas mil pesetas.

D. CARM. ¡Hombre!

CARLOS. Y con las nuevas máquinas, que significan un ahorro de combustible de un veinte por ciento...

D. CARM. ¡Carlos!...

CARLOS. Tiene usted, por término medio, un beneficio de cien mil pesetas.

D. CARM. Sobrino, pero ¿es posible? *(Luisa se asoma a la puerta; pero al ver a Carlos en conversación con don Carmelo, hace un gesto de impaciencia y se retira.)*

CARLOS. Sí, señor; sí, señor. Números cantan. Vea usted. Siéntese usted..., vea usted. Todo al céntimo.

D. CARM. Sí, en efecto. Pero oye...

CARLOS. Venga usted al despacho; con la música no es posible entenderse. Venga usted, venga usted. *(Salen don Carmelo y Carlos.)*

ESCENA XIII

LUISA, entrando.

LUISA. ¡Carlos, pero Carlos! *(Al ver que no está, se sienta abatida, y llora. Entran Clotilde, Lola y Emma.)*

EMMA. ¡Luisa, Carlos!...

LOLA. ¿Pero no venís a bailar?

CLOTILDE. ¡Ah! ¿Estás tú sola? ¿Qué tienes?

EMMA. ¿Qué te sucede?

LUISA. Nada, nada.

EMMA. ¿Pero dónde está Carlos?

CLOTILDE. ¿Por qué no viene Carlos?

LUISA. No sé; está con mi tío.

CLOTILDE. ¡Qué trabajador! ¡No dirás! ¿No es eso lo que tú querías?

LUISA. Sí, lo que yo quería; pero nadie sabe lo que quiere.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Un departamento de la fábrica. Puerta de arco al foro, con cortinas. Por las paredes, carteles anunciadores: «Galleta de las familias»; «No más nodrizas»; «Harina lacteada»; «¿Por qué rabian los niños?» «¿Por qué piden galletas Romagosa?» Un gran cajón vuelto del revés a un lado de la escena. Algunas sillas de Vitoria y banquillos de madera. Por el suelo, ramaje y guirnaldas de papel de colores.

ESCENA I

CARLOS, vestido con un mono de mecánico, y PATRICIO, obrero de la fábrica.

CARLOS. Lleva todo este ramaje; aún falta mucho.

PATRICIO. ¡Caray! Don Carlos, vamos a echar un cigarrito, que estamos sin parar desde las siete de la mañana. Yo no sé de qué conformidad es usted; yo estoy reventado.

CARLOS. Vaya por el cigarrito. No, deja; toma de estos, hombre.

PATRICIO. Si viera usted que no me dicen nada... Prefiero de los míos. No es desprecio.

ESCENA II

DICHOS. Entran el BONI y DON CARMELO.

BONI. Aquí le tiene usted. Don Carmelo, que le buscaba a usted...

D. CARM. Sí, hombre. ¿Dónde te metes?

CARLOS. Con éste. Ando terminando los adornos del patio.

BONI. Con su permiso. Vuelvo a lo mío.

PATRICIO. Yo voy ahora mismo. Anda, carga con esto.

CARLOS. En seguida voy con vosotros. *(Sale el Boni con el ramaje, y poco después Patricio.)*

D. CARM. Pero déjalos a ellos; ya saben lo que tienen que hacer. Es muy tarde y todavía tienes que almorzar y vestirte; la gente empezará a venir temprano.

CARLOS. Almuerzo aquí. Ya hemos pedido a la taberna de ahí cerca.

D. CARM. Quita, hombre. ¿Qué me dices?

CARLOS. No será la primera vez: tortilla con chorizo, sardinas fritas...

D. CARM. Si Luisita supiera...

CARLOS. ¿Luisita? De eso tenemos que hablar, y de muchas cosas.

D. CARM. ¡Caramba! Lo dices muy serio. De cuanto tú quieras hablaremos; pero ahora, mira, quisiera que me oyeras el discurso que he de leer luego; me tiene muy preocupado; yo no sé de estas cosas. Ya sé que no está mal, porque tú lo has visto, y si hubieras visto algo que no estuviera bien...

CARLOS. Le digo a usted que está muy bien. No se preocupe usted.

D. CARM. Es que si fuera sólo para los muchachos y la familia... Pero vendrá tanta gente, y los periodistas, que son el diablo, se ríen de uno. ¿Uno qué sabe? ¡Si no ha tenido uno tiempo de aprender! Desde que he podido, ya he procurado ilustrarme; ya has visto que tengo el Diccionario Espasa, y leo mucho en él, no vayas a creer, que es cosa que pasma... Pero le faltará a uno siempre... ¿Qué sé yo? Eso que os acompaña a los que os habéis criado de otro modo.

CARLOS. Es natural, y así va el mundo. Lo triste es que para que vaya peor nos damos a despreciar lo que nos parece diferente a nosotros, cuando lo

que debíamos hacer era apreciarlo por eso mismo, por ser diferente. Si no, dígame usted: usted me despreciaba a mí por señorito, ¿no es eso?; yo le despreciaba a usted, le soy franco, por lo contrario. Pues bien: yo no sé lo que pensará usted ahora de mí; pero yo puedo asegurarle que hoy siento por usted gran admiración.

D. CARM. ¿Lo dices de veras? ¡Admiración!

CARLOS. Sí, señor, sí. Cuántas veces yo, y amigos míos como yo, nos hemos burlado... de usted, por ejemplo, y de otros hombres como usted; hemos comentado algún gracioso lapsus de ustedes... Lapsus: decir una palabra por otra. Nos hemos reído si alguno de ustedes confundía nombres de literatos y músicos; creíamos que la verdadera, la única cultura era la literaria: se podía ignorarlo todo; pero había que saber quiénes fueron Miguel Ángel y El Greco... Pues bien: si cualquier industrial, si cualquier comerciante, si cualquiera que no sepa una palabra de cosas de arte se tomara el trabajo de poner en un aprieto a cualquier intelectual, preguntándole de las cosas más triviales de la vida, veríamos quién se reía de quién... Por eso le digo a usted que no se preocupe del discurso.

D. CARM. Eso es verdad.

CARLOS. Y tan mal hace el que desprecia al que sabe de cosas que él no entiende, como el que desprecia al que no entiende de las cosas que él sabe. No es por odiarnos, es por burlarnos unos de otros por lo que se enconan las diferencias sociales.

D. CARM. Sí, es verdad que somos muy dados a reírnos unos de otros.

CARLOS. Y no con la risa divina, risa de Dios, que es la suprema inteligencia de todo, sino con la risa idiota, que es la absoluta incomprensión, la estúpida extrañeza.

D. CARM. Ahí tienes: yo nunca creí que tú supieras de

nada; ahora veo que debes haber sido aplicado, porque sabes de muchas cosas. ¿Cuándo las has aprendido? Porque la verdad, como yo no sabía de ti ni veía más sino que andabas de una fiesta en otra, de diversión en diversión; que bailabas como ninguno; que las muchachas no sabían donde ponerte, creí, la verdad, que no valías para otra cosa. Por eso era mi miedo de que mi sobrina se casara contigo.

CARLOS. Sí, esa era mi vida; mi vida ociosa de señorito, que a usted le parecía tan despreciable; pero cuando el señorito es, además, un hombre, en esa ociosidad su inteligencia se afina, y por lo mismo que no ha de sujetarse a pensar sólo lo que le conviene, como el trabajador en el apremio de su trabajo, piensa en todo, mariposea a la luz, y la percibe con mayor claridad... ¿Usted está hoy satisfecho de mí, verdad? Usted me ve orgulloso de ser un trabajador, tan orgulloso y tan contento que hoy, le aseguro a usted, aunque no esperara la recompensa del cariño de Luisita, aunque ella, por cualquier circunstancia de la vida, dejase de quererme, aunque ustedes no me quisieran ya para marido de Luisita, yo seguiría esta vida siempre, no podría ya vivir de otro modo... Y si me pregunta usted: «¿Cómo es éso?, ¿cómo has podido cambiar así?, ¿cómo has llegado tan pronto a ser otro?...» Yo le diría a usted: «Todo ello lo he aprendido en la ociosidad, donde se piensa en todo y se tienen previstas las contingencias todas de la vida.» Ya ve usted, yo tenía previstas también la desilusión de Luisita al ver en mí a este otro, aunque era ella la que parecía querer que yo fuera éste, y ahora éste ya no es aquél, el que ella quería.

D. CARM. ¿Qué dices? ¿Luisita desilusionada? ¿Que ella no quiere a éste que no es aquél? ¿Qué dices?

CARLOS. Sí, don Carmelo, sí. Lo sé, lo veo y lo esperaba.

Ustedes dijeron a Luisita: «No consentiremos que te cases con ese hombre si ese hombre no es otro, un trabajador», y ella quiso que yo fuera un trabajador; como hubiera querido, en otros tiempos, que fuera a las cruzadas a conquistar un nombre glorioso, o a tierras de América a buscar fortuna. Lo difícil es que el pensamiento acompañe al deseo. Lo triste es que al volver de la aventura, el galán ya no parece el mismo, el sol y el aire le curtieron, sus maneras son rudas, habla de cosas que no importan o aburren.

D. CARM. Pero yo no entiendo que aquí haya habido viajes, ni aventuras, ni Américas, ni que tú estés tan cambiado; al contrario, de mejor color y más buen mozo. ¿Quieres decir que ahora no os veis tanto, no charláis tanto, no bailoteáis tanto? Pero no creo que a Luisita eso pueda parecerle mal. ¿Qué has podido notar para creerlo?

CARLOS. No, si lo triste es que también yo me veo distanciado de ella, falta entre nosotros... ¿Cómo le diría yo a usted?... Es que ya no nos interesamos, y es que entre nosotros está el otro aquél, y éste no es aquél y no lo es porque ella no me ha seguido, porque su corazón no está con éste, con el que ella creía querer que yo fuera... Y no era así la imagen, era el otro, el señorito el que ella quería, el bailarín distinguido, el que hablaba de graciosas frivolidades, el que brillaba en sociedad entre la admiración de sus amigas...

D. CARM. ¡Vamos, vamos! Bien sé yo que las mujeres son como son, ¿qué vas a decirme? Pero decirme ahora que para Luisita ya no eres lo que eras, porque eres como nosotros queríamos que fueras, y ella lo mismo que todos... Vamos, yo no lo creo. Eso es que habréis tenido alguna tontería de novios en estos días...

CARLOS. Sí, es verdad; siempre es algún desacuerdo. Anoche mismo, porque no me parecía bien el ves-

tido que pensaba ponerse para la fiesta de esta tarde.

D. CARM. ¿Que no te parecía bien el vestido? ¿Tú sabes lo que ha costado? La primera vez que a su padre y a mí no nos ha parecido caro un vestido.

CARLOS. Por eso mismo no me parecía bien que se presentara así en una fiesta de los que trabajan... con mucho trabajo, para que ella pueda permitirse esos lujos que pueden parecer insultantes.

D. CARM. ¡Señor! Que esos lujos también nos ha costado mucho trabajo a su padre y a mí para que la muchacha no pueda permitírselos. En eso no tienes razón. Cada uno debe vestir según le corresponde, y en un día como hoy, en una fiesta... *(Entra Patricio.)* ¿Qué hay? ¿Qué tenemos?

PATRICIO. El almuerzo.

CARLOS. Déjalo ahí y dile a Boni que venga, que le espero, y almuerza tú también con nosotros, hay para todos.

PATRICIO. Se agradece. *(Sale.)*

D. CARM. ¿Pero era verdad? ¿Vas a almorzar aquí? Ven siquiera a las oficinas.

CARLOS. No, que esta mañana se ha limpiado todo, está todo en orden y se trastorna. Aquí estoy bien. *(Entran Patricio y Boni.)*

PATRICIO. Con permiso.

CARLOS. Sentaos, sentaos. Almorzar. ¿Han traído bastante pan? ¿El vino será mejor que el del otro día? ¿No se anima usted, don Carmelo?

D. CARM. ¡Vamos, vamos! Esto tampoco. ¿Ves? Esto tampoco.

CARLOS. ¡Vaya, don Carmelo! Va a resultar que a usted también le parecía mejor el otro, el bailarín.

D. CARM. No, ¡qué había de parecerme! Pero tampoco es cosa de perder de tu finura. Vamos, que si Luisita te viera comiéndote ese companage de la tortilla con chorizo...

CARLOS. ¿Qué decís vosotros? ¿Está mal?

BONI. ¿Qué ha de estar, señor?

D. CARM. Pero hoy te vestirás para la fiesta, ¿no? No vas a presentarte así.

CARLOS. Sí, nos vestiremos.

D. CARM. Digo, ya siento por ahí rebullir de faldas; ya dijeron que vendrían temprano. Voy, voy a ver como anda todo, no vayamos a descuidarnos. *(Sale don Carmelo.)*

ESCENA III

CARLOS, PATRICIO y BONI.

BONI. ¿No quiere usted más?

CARLOS. No, si no tengo ganas; comed vosotros. ¿Trajeron café? ¡Ah! ¡Ya lo veo!

PATRICIO. Poco ha comido usted.

CARLOS. ¿Quedó ya todo puesto?

BONI. Todo, sí, señor.

PATRICIO. Hoy tendremos muchas visitas; habrá que moverlo todo para que lo vean los señores, que parece que no han visto nada: «Aquí se amasa, aquí se cuece, esto es harina, esto es azúcar...» ¡Y qué cosas preguntan! Todo les choca: que esté uno limpio, que gane uno lo que gana: «Pues están muy bien pagados; no podrán quejarse; éstos no serán de esos revoltosos.» ¡Ya les diría yo!

CARLOS. Bueno, Patricio, hasta el día del reparto social; ya sabes que hemos quedado en no discutir; ya discutiremos ese día por lo mismo que ahora: por quién ha de ser más y quién menos.

PATRICIO. Usted, en cuanto se case, no volverá a aparecer por aquí. Si acaso, como amo y patrono.

CARLOS. ¡Ah! ¿Tú crees? ¿Esa opinión te merezco? Quieres decir que tú en mi caso...

PATRICIO. ¡Claro está! Pudiendo vivir tan ricamente, como hará usted...

BONI. Pero Patricio, no gastes esas confianzas. ¡Este Patricio!

CARLOS. Déjale que hable; si no me enfado. ¿De modo que tú crees?...

PATRICIO. Lo que dicen todos: que lo que usted hace es camelar a los viejos para casarse con la joven.

BONI. Patricio, no seas bruto. No le haga usted caso.

CARLOS. Deja, deja que hable. Puede que me haya dado una idea.

PATRICIO. Sí, que usted necesita que le digan lo que ha de hacer. ¡Pues sabe usted poco! A don Carmelo, que hay que conocerle, le ha vuelto usted que parece otro, lo que no consiguió su sobrino. Verdad es que el sobrino... ¡Lo que nos tenemos reído con él! Contaba unos chascarrillos... Y cuando se ponía a cantar daba gusto de oírle todas esas cosas de los teatros, de la ópera y de las varietés; hasta que su tío tuvo que decirle que no volviera a presentarse por aquí. Por eso usted ya ha venido bien aleccionáo.

CARLOS. Sí, yo soy un vivales.

PATRICIO. Que lo diga usted.

CARLOS. Pero tú me has tañáo.

PATRICIO. Ya puede usted decirlo. A mí...

BONI. Pero qué bruto eres. No le consienta usted.

PATRICIO. Ya está aquí el señorío, y su novia de usted. ¡Vaya mujeres!

ESCENA IV

DICHOS, LUISA, CLOTILDE, LOLA, EMMA, DOÑA MAGDALENA, DOÑA LUCRECIA, DON FELICIANO, PEPE, RAÚL y ALBERTO.

CARLOS. ¡Señoras!...

D.ª LUCR. ¡Jesús, Carlos! ¿Quién le conoce?

CLOTILDE. ¡Carlos!...

LOLA. Qué gracioso con su pelele. *(A Luisa.)* ¿No te hace gracia?

LUISA. Sí, muy gracioso.

PEPE. ¡Bravo, hombre, bravo!

D. FELIC. Pues así anda aquí siempre. A él le gustan más los trabajos mecánicos que los de escritorio.

CARLOS. Sí, aquí estaba con estos amigos, dos compañeros. Hemos almorzado aquí; mira los restos. Un verdadero festín.

LUISA. ¡Uf! Ya te he dicho que si es broma tiene muy poca gracia.

CARLOS. ¿Broma? ¿Qué?

LUISA. Tus ordinarieces.

CARLOS. ¿Es ordinariez vivir como un trabajador?

LUISA. Tú no eres un trabajador como los demás, no tienes por qué serlo; no se trataba de eso; hay mil cosas que tú puedes hacer en la fábrica sin vestirte de esa manera, que no te corresponde.

CARLOS. Para dar un paseo en moto me he vestido así muchas veces.

LUISA. Era un *sport*. Déjame ver las manos... ¿Las escondes? Muy bonito. ¿Ya has dejado la manicura?

CARLOS. Era demasiado guapa; podías tener celos.

EMMA. Qué anuncios tan graciosos.

PEPE. La imaginación de tío Carmelo. A mí quiso matarme un día que le presenté un proyecto de anuncio para la harina lacteada.

CLOTILDE. Sabe Dios lo que se te ocurriría.

PEPE. Sencillamente, Herodes ofreciendo unos botes de harina a los Santos Inocentes, y debajo: «La verdadera Herodina».

D. FELIC. Lucrecia y estas señoritas quieren ver toda la fábrica antes de que empiece el barullo.

EMMA. Sí, es muy interesante.

D. FELIC. Yo aún tengo que disponer allá dentro; tú tampoco podrás acompañarlas.

CARLOS. Lo siento; pero tengo que afeitarme, vestirme, espero a la manicura... Que vaya uno de éstos; anda tú, Patricio.

D. FELIC. Cuando ustedes quieran. Hoy no se trabaja; des-

pués de la ceremonia sí funcionarán algunas secciones para que se hagan ustedes cargo.

CLOTILDE. ¿No vienes, Luisita?

LUISA. No; estoy cansada, y para mí no es novedad; me quedo.

EMMA. Es natural. *(Salen todos, menos Carlos, Luisa y Patricio.)*

ESCENA V

CARLOS, LUISA y PATRICIO.

LUISA. Lo de la manicura será una broma; pero lo de afeitarte y vestirte supongo que será en serio.

CARLOS. Muy serio. *(A Patricio.)* ¿No has ido tú a acompañar a esas señoras?

PATRICIO. He permutado con Boni, que entiende más de todo.

CARLOS. Te presento a un buen amigo mío, que hace poco me decía lo mismo que tú: que soy muy bromista. ¿Por qué no le dices a la señorita lo que me decías a mí?

PATRICIO. ¿Cómo voy a atreverme...?

LUISA. Hace muy bien. ¿No tiene usted nada que hacer?

PATRICIO. Sí, señorita, sí.

CARLOS. A una patrona tan bonita se la soporta mejor que a un patrono.

PATRICIO. Los patronos son todos lo mismo. *(Sale.)*

ESCENA VI

CARLOS y LUISA.

CARLOS. Es un gran tipo; mi mejor amigo.

LUISA. No, Carlos, estas bromas no; estas groserías no. Tú no eres así, no puedes ser así.

CARLOS. ¿Pero tú crees que yo he cambiado?

LUISA. Me figuro que no.

CARLOS. Si yo me sintiera ahora más seguro de ser yo mismo, si me interesara más lo que piensa Patricio...

LUISA. ¿Quién es Patricio?

CARLOS. Acabo de presentártelo; mi mejor amigo.

LUISA. No digas tonterías.

CARLOS. ¡Ah! ¿Tú crees que Patricio no es más interesante que tu hermano Pepe y que Alberto y que todos nuestros amigos?

LUISA. Mira, todo eso está muy bien con tío Carmelo, si es a él a quien te importa engañar.

CARLOS. No engaño a nadie.

LUISA. Vamos, Carlos, por Dios, no hay quien lo crea.

CARLOS. ¡Ah! ¿Tú crees?... ¡Es gracioso! Lo mismo cree Patricio.

LUISA. Vuelta con Patricio.

CARLOS. Es que él también, como tú, cree que yo sólo trato de engañar a tu tío, y que en cuanto me case contigo volveré a ser lo que era; porque a él también, como a ti, le parece imposible que yo pueda acostumbrarme a ser éste. Ya ves: en algún pensamiento elevado, en alguna delicadeza espiritual, sería difícil que coincidieras con Patricio, y en pensar mal habéis coincidido... Entonces, cuando tú deseabas que yo fuera otro, éste, ¿qué deseabas? Si yo no era capaz de adaptarme a mi nueva vida, mal podía ser otro; si he logrado hallarme en ella como me hallo, complacido, interesado, ¿ya no puedo ser aquel otro? ¿Por qué no me dijiste que sólo se trataba de engañar a tus padres, a tu tío Carmelo? ¿Era eso lo que tú esperabas, lo que tú deseabas? ¿Qué querías entonces?

LUISA. Yo quería... Quería que mi familia no se opusiera a nuestro cariño.

CARLOS. Para eso era preciso que yo fuera ésto, o lo apa-

rentara por lo menos; tú te contentabas con la apariencia, con la mentira.

LUISA. No, yo no quiero que mientas.

CARLOS. ¿Y si yo te dijera que ahora soy yo el que quiere, el que desea que tú seas de otra manera, con el mismo derecho que tú lo deseaste de mí? Si querías que yo fuera esto, ¿por qué no te interesas por esta vida nueva como te interesabas por la otra, la de las frivolidades, la de los bailes, la de las comidillas de sociedad?

LUISA. Si crees que es muy divertido, cuando nos vemos ahora de tarde en tarde, que no hables de otra cosa más que de la fábrica, de tus proyectos de mejoras en la producción, del precio de la harina y del azúcar, de lo que estoy harta de oír hablar a papá y tío Carmelo toda la vida...

CARLOS. ¿Entonces, tú no te hubieras enamorado de un hombre que fuera, como yo soy ahora, capaz de substituir a tu tío en la dirección de la fábrica?

LUISA. Para substituir a mi tío no es preciso ser como él.

CARLOS. Pues yo te aseguro que si tu tío hubiera sido como yo era, no existiría hoy esta fábrica. No se puede ser un trabajador con toda la rudeza espiritual que pide el trabajo y un soñador amable al mismo tiempo; no se puede hablar por la mañana de precios del mercado y por la noche de música, de Debusy o de Strawisky... Si lo que te enamoró en mí fué la graciosa ociosidad de mi vida, ¿por qué deshacer el encanto?

LUISA. Sí, tienes razón, ¿por qué deshacer el encanto?

CARLOS. ¿Qué sería ahora de nosotros si yo no hubiera previsto tu desilusión, si no me hubiera anticipado a ella?... Si todo en el mundo tiene sus cualidades, ¿por qué pedir a todo cualidades contrarias? ¿Que el artista sea hombre práctico y que el hombre práctico tenga delicadezas de artista; que el desprendido piense en asegurar su porvenir y el que sólo piensa en atesorar que sea

desprendido; que la energía pueda ser graciosa y la gracia pueda ser enérgica; que los bueyes puedan volar de flor en flor y las mariposas, prendidas de sus alas sutiles, arrastren un arado; que el dinero que supo ganar tu tío Carmelo, yo sea capaz de acrecentarlo?

LUISA. Tienes razón, mi Carlos. Yo no quería, yo no quiero que seas otro... Dime que no has dejado de ser el que eras, que no eres lo que has querido parecer, otro tío Carmelo.

CARLOS. Para ti, nunca, y no es que haya pretendido engañar a nadie, no; aquí seré ya siempre éste, el trabajador; así debe ser la imagen de tu tío Carmelo... Para ti, para nosotros, aunque ya no bailaré como el día que nos conocimos, porque al verme bailar me conociste y me admiraste. Sí, sí; acostúmbrate a ver claro en tu corazón, a saber lo que quieres: si yo no hubiera sido un bailarín tan distinguido, no hubieras reparado en mí. No te avergüences. El baile es la más graciosa expresión de lo inútil, que es toda la gracia de la vida, eso que las gentes prácticas llaman ociosidad, porque el hombre práctico no sabe que lo que ellos llaman ociosidad, porque para ellos está vacío de todo, para un alma de artista es un mundo de pensamientos y de emociones... *(Suena una campana.)* Hoy no es la campana que llama al trabajo; llama a la fiesta. ¿Ves? ¡El otro! Espera un instante. *(Se quita el mono y aparece correctamente vestido de chaquet.)* Aquél, el tuyo, el que tú quieres, ¿verdad? *(Descorre la cortina del foro y se ve el patio adornado con ramajes, banderas y guirnaldas. Pasean invitados y obreros.)* Mira, las máquinas están adornadas de flores. *(Entra don Carmelo vestido de frac, con el discurso en la mano.)*

D. CARM. ¡Ah! ¿Estás ya vestido? ¿Pero no te has puesto el frac?

LUISA. No, tío, ya te dije que el frac no se lleva de día.

D. CARM. ¿Tú crees?... ¿Qué dices tú, Carlos?

CARLOS. No se preocupe usted.

D. CARM. Lo que me preocupa es el discurso. *(Leyendo.)* Rei... vin... di... caciones. Reivin... dicaciones... A ver si me equivoco y se ríen de mí... ¡Oye, Carlos..., Carlos!

CARLOS. ¡Ah! Usted perdone.

D. CARM. Ya veo que pasó el disgustillo.

LUISA. ¿El disgustillo?

D. CARM. Sí; Carlos, no sé por qué, creía que a ti no te parecía tan bien este trabajador de ahora como aquel señorito que a todos nos asustaba. Qué idea, ¿verdad? Hasta pareces mejor mozo con traje de mecánico que así, de señorito. ¿No crees?

LUISA. No, eso no. No, no digas eso. No lo creas.

CARLOS. Puede que tenga razón tu tío.

LUISA. No, no. No me convence.

D. CARM. Vaya, puede que hicieras bien en ser como eras. Cualquiera sabe con vosotras... Vas a decirme la verdad: si le hubieras conocido como es ahora, ¿le hubieras querido como le quieres? ¿Hubieras preferido el trabajador al bailarín?

CARLOS. Seguramente. Por que ella lo ha querido; aquel bailarín es hoy este trabajador. ¿No ha sido porque tú lo quisiste?

LUISA. No te burles de mí. Te quería... Nadie sabe lo que quiere; pero tú sí sabes cómo te quiero.

FIN DE LA HUMORADA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.

Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.

Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados.)*
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.
Un par de botas, comedia en un acto.
La otra honra, comedia en tres actos.
La virtud sospechosa, comedia en tres actos.
Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapi.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas.